

IV

LA PALABRA MAGICA

Existen dos categorías de magos: los que practican la magia con la ayuda de un instrumento, lo más frecuentemente una varita, y los que la practican únicamente por el poder del Verbo. Estos últimos están más evolucionados porque su instrumento mágico es la boca: no está separada de ellos, no los abandona, mientras que los otros se ven obligados a tener una varita en la mano, y la varita siempre es algo externo a ellos. El caduceo es el atributo de Mercurio, dios de la magia, y Mercurio rige a un tiempo la boca, la palabra y las manos.

Conocéis las primeras palabras del Evangelio de san Juan: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por El...» Cuenta la tradición que, en un pasado muy lejano, el hombre también sabía crear mediante el Verbo. Pero cuando cometió el primer pecado que lo separó de Dios, descendió poco a poco a la materia,

perdiendo así el poder del Verbo, y se vio obligado a crear con las manos. Al principio el hombre era un rey ; sólo tenía que dar órdenes y estas órdenes eran ejecutadas, porque un rey tiene siempre servidores para ejecutar sus órdenes y satisfacer sus deseos. Pero el hombre, habiendo perdido su realeza, ya no podía dominar la materia, y para obtener de ella lo que quería se vio obligado a trabajar con sus manos. De esta manera, actualmente la humanidad está obligada a batirse con la materia para darle forma y obtener de ella su sustento, tal como Dios dijo a Adán: « Ganarás el pan con el sudor de tu frente. »

Pero este poder del Verbo el hombre puede reencontrarlo, a condición de comenzar un trabajo de transformación interna. Este trabajo que ha sido enseñado siempre en la Iniciación, empieza con el dominio de los pensamientos y los sentimientos. Porque si las personas hablan sin darse demasiada cuenta de lo que dicen y de porqué lo dicen, es a causa de que no controlan ni sus pensamientos ni sus sentimientos. Y además lo saben, pero creen que no tiene importancia. Las palabras se las lleva el viento, no trascienden, no producen problemas... Pues sí los producen, y no son fáciles de arreglar.

Se cuenta que un hombre se acercó un día a Mahoma y le dijo: « Soy muy desgraciado porque me he portado mal con uno de mis amigos. Le he

acusado injustamente, le he calumniado y ahora no sé cómo repararlo. ¿Qué me aconsejas tú? » Mahoma le escuchó atentamente y le respondió: «Esto es lo que debes hacer: coloca una pluma delante de cada casa de tu calle y vuelve a verme mañana. » El hombre se marchó, hizo lo que Mahoma le había dicho y al día siguiente fue a verlo. «Está bien, dijo Mahoma, ve ahora a buscar las plumas y tráelas aquí. » Unas horas más tarde, el hombre volvió muy confuso: no había encontrado ni una sola pluma. Entonces Mahoma le dijo: «Sucedé lo mismo con las palabras, una vez proferidas, ya no puedes recuperarlas, han volado. » Y el hombre se marchó muy triste.

Ahora yo querría prolongar esta conversación. Supongamos que alguien viene a verme para preguntarme cómo subsanar murmuraciones o acusaciones injustas. Le contaría la misma historia, pero añadiría algo muy importante. Le diría: «Tienes que hablar de nuevo de esta persona, pero insistiendo en sus cualidades, sus virtudes, su buena intención. Como hay siempre algo bueno en cada criatura, buscarás y encontrarás. — ¿Y de esta forma repararé mi falta? — No, no es posible, porque las palabras pronunciadas ya han provocado estragos en las regiones invisibles e incluso visibles; pero de esta manera crearás algo diferente que borrará de alguna manera

tus palabras anteriores. Y cuando llegue el momento llegarán también las consecuencias de las buenas palabras que hayas pronunciado, y recibirás consuelo.»

¿Qué es una palabra? Es un cohete que recorre el espacio, que desencadena fuerzas, excita entidades y provoca efectos irreversibles. Sí, y si se trata de una palabra malévola, criminal, los desastres que produce son irreparables. Evidentemente si esto pudiese remediarse enseguida no sería tan grave, pero a medida que pasa el tiempo, el daño que producen las palabras aumenta. Me diréis: «Pero lo he subsanado, puesto que he dicho todo lo contrario. Por estas buenas palabras serás recompensado, pero por las malas palabras deberás pagar, es decir, serás castigado.» Esto es lo que no sabéis. ¿Creéis que se puede corregir todo? No, porque el bien y el mal que se hacen van a dos regiones diferentes, a dos niveles distintos, y estos niveles se superponen. No se pueden recuperar las palabras que se han lanzado porque se encuentran ya enterradas bajo otras capas terrestres o supraterrrestres. El tiempo es, por lo tanto, un factor muy importante.

Suponed que habéis dado la orden de cortar a alguien la cabeza, y que los que deben ejecutar vuestras órdenes ya se han marchado. ¿Qué podréis hacer para repararlo cuando la cabeza

haya rodado? ¿La volveréis a pegar? Cuando se ha dado una orden, ¿qué se puede hacer? Dar una contraorden, enviar a otros mensajeros, a otros servidores más rápidos para que prohíban la ejecución. Pero si ha transcurrido demasiado tiempo, ya no hay nada que hacer.

No hay que retrasarse, a ser posible, en reparar el daño que se ha hecho a los demás, de lo contrario la justicia, el karma entra en acción, y hay que pagar hasta el último céntimo. La mayoría de los humanos no saben cómo actúa la ley del karma: dejan borbotear sus sentimientos, cuentan cualquier cosa sobre unos y otros, pero un buen día, el karma llama a su puerta diciendo: «Vamos, paga ahora.» Por lo tanto, hay que reparar inmediatamente las palabras negativas, incluso sin esperar al día siguiente, porque la palabra vuela muy rápido: es una fuerza, un poder que recorre el espacio y que actúa.

Sin embargo, debéis saber que existe un poder todavía más eficaz que la palabra: el pensamiento. Y si os ponéis de inmediato a trabajar con el pensamiento podréis resarciros de algunas palabras desafortunadas. Naturalmente es difícil, porque el pensamiento y la palabra pertenecen a dos regiones diferentes. La palabra pertenece al plano físico porque es una vibración, un desplazamiento de aire, mientras que el pensamiento pertenece al plano etérico. Si

queréis reparar las consecuencias negativas de vuestras palabras, podéis concentraros y pedir a los servidores del mundo invisible que impidan que el mal se produzca. De esta manera, aunque no lo subsanéis completamente, evitáis lo peor. Pero debéis ser muy rápidos y vuestro pensamiento muy intenso, de lo contrario la orden de ejecución será dada y seréis considerados culpables de todos los desastres que hayáis ocasionado.

Algunos se imaginan que basta con excusarse por el mal que han causado. No, hay que reparar los daños. Sólo de esta manera nos liberamos. Decir: «Lo siento mucho, perdóneme...» está bien, pero no basta. Cuando se os hace un regalo, decís «gracias», pero la palabra «gracias» no es el equivalente de lo que habéis recibido. De la misma forma, la palabra «perdón» no puede subsanar el daño causado. Si habéis quemado la casa de alguien, no basta con ir a excusaros: debéis construirle una nueva casa. Sólo así seréis perdonado. Diréis: «Pero, ¿y si la persona a la que he perjudicado me perdona?» No, el problema no se soluciona tan fácilmente, porque la ley y la persona no son lo mismo. La ley no os perdona, sino que os persigue hasta que hayáis reparado el daño.

Evidentemente el que ha perdonado ha dado muestras de nobleza, de generosidad. Se desprende, se libera de los tormentos, de las penas

que lo mantenían en las regiones inferiores. Mientras que el que no ha perdonado sufre, le persigue la imagen de la persona que le ha hecho daño, piensa en ello sin cesar, está atado y no puede avanzar. Si Jesús dijo que hay que perdonar a los enemigos, es para que el hombre se libere de los pensamientos negativos y de los rencores que lo destrozan. Sí, es una ley extraordinaria. Pero cuando perdonáis a alguien, el problema de la persona que os ha ocasionado el daño no está solucionado. El perdón libera al que ha sido maltratado, perjudicado, calumniado, pero no libera al que ha cometido la falta. Para liberarse, el culpable debe subsanar el daño.

Cuando habéis calumniado a alguien, cuando le habéis quitado su prestigio o su honor, se suceden acontecimientos enojosos para él, para su evolución. Suponed ahora que vais a pedir perdón a esta persona; si os perdona, está claro que ella se libera, pero como no habéis reparado el daño, las calumnias que habéis sembrado continúan produciendo serpientes, tigres, lobos — simbólicamente hablando — que vienen a masacrar y a devorar a sus ovejas. Esto quiere decir que las malas consecuencias de vuestras palabras perjudican también a los padres y a los amigos de la víctima. Por la tanto, nada está arreglado. Así pues debéis encontrar otras palabras, otros pensamientos, otras fuerzas que reparen

los daños producidos. En este momento seréis perdonados por la persona a la que habéis perjudicado, y también por la ley que había registrado los desastres. Así pues no os imaginéis que podéis solucionarlo todo con excusas, no ; está arreglado para la persona que quiere liberarse perdonándonos, pero no lo está desde el punto de vista de la justicia.

¡Cuántas personas están insatisfechas con su suerte. Sienten rencor hacia el mundo entero porque la vida les resulta difícil y las palabras que lanzan en ese momento contra los que son más privilegiados que ellos o que creen responsables de su situación, son verdaderamente destructoras: están llenas de una fuerza que quizá no se conozca, pero que ocasiona un gran daño a los demás. No está permitido hacer esto, debéis saberlo. Si experimentáis la necesidad de humillar a los demás o de ofenderlos mediante vuestras palabras porque os sentís perjudicados, quejaos y llorad cuanto queráis si esto os tranquiliza, pero dejad a los demás tranquilos, de lo contrario el karma os alcanzará un día exigiéndolos el pago correspondiente.

Por lo tanto es necesario que cada cual vigile, que se dé cuenta del peligro de estas tendencias, que comprenda que son una debilidad, y no una fuerza de la cual puede sentirse orgulloso. Si

toma precauciones e intenta dominar estas tendencias destructivas, un día, tarde o temprano, triunfará. Pero jamás triunfará si está convencido de que es maravilloso actuar como lo hace. Supongamos ahora que otro individuo actúa como él, le incita, le planta cara y lo aplasta, mostrando, a su vez, una actitud tan altiva como la suya. ¡En este caso no le parecerá tan justo y tan maravilloso! Pues sí, al que le guste levantar la voz o mostrarse grosero, debe saber que siempre encontrará a alguien que hablará más fuerte o que será más grosero que él. Así pues, hay que tomar precauciones antes de que esto suceda.

Ninguna palabra pronunciada queda sin consecuencias. Por lo tanto, si habéis dejado escapar algunas palabras injustas o mal intencionadas contra alguien, intentad concentraros en cuanto seáis conscientes de ello, enviándole mucho amor, mucha luz. Pero, aun en este caso, ya se han producido algunos daños, y hace falta algún tiempo para que sienta los efectos de vuestros buenos pensamientos.

En consecuencia, debéis trabajar cada día para que vuestra palabra sea inteligente, luminosa, armoniosa, con el fin de hacer maravillas, primero sobre vosotros mismos, después sobre los demás, y finalmente sobre toda la naturaleza. La verdadera magia es la palabra poderosa,

viva, la palabra que viene de Dios, que fluye del Manantial.

Desde la más remota antigüedad, los Iniciados conocían el poder de la palabra. Por esto la bendición aún ocupa un lugar importante en los ritos religiosos. La palabra « bendecir » significa: decir cosas buenas, en el sentido de pronunciar palabras que aporten el bien. La verdadera religión es, pues, un acto de magia blanca. Naturalmente, para realizarlo, el hombre debe ser desinteresado, puro, dueño de sí mismo. En cuanto a aquél que recibe la bendición, es preciso, por lo menos, que se muestre receptivo, que desee mejorarse y trabajar para el bien. Si esto no ocurre, la bendición es ineficaz. Pero, a pesar de todo, siempre es bueno conservar este rito de la bendición con la esperanza de que un día, cuando los humanos sean conscientes de su significado, llegará a ser una palabra, un gesto eficaz.

También vosotros tenéis que acostumbraros a bendecir y a pronunciar hermosas palabras. Cuando acariciáis la cabeza de vuestro hijo, sus pies, sus manos, o incluso cuando tenéis en vuestros brazos al ser que amáis, ¿por qué no bendecirlo para que los ángeles lo conviertan en un ser magnífico? Hay que bendecirlo todo, todo lo que tocáis, los objetos, la comida, los seres humanos. Hay que hablar con amor y dulzura, no sólo a los

seres humanos, sino también a las flores, a los pájaros, a los árboles, a los animales, porque el hacerlo es un hábito divino.

El que sepa decir palabras que inspiren, que vivifiquen, posee una varita mágica en la boca, y no pronuncia nunca estas palabras en vano, porque siempre hay en la naturaleza uno de los cuatro elementos — la tierra, el agua, el aire o el fuego —, que está atento, esperando participar en la realización de todo lo que expresáis. A veces la realización se produce en un lugar alejado del origen que ha producido el germen, y, por lo tanto, no puede verla. Pero sabed que se produce.

Sin embargo, para hablar a las piedras, a las plantas, a los animales, hay que saber dónde se encuentra su entidad. De cualquier forma, no se encuentra en el plano físico como sucede con el hombre. Sí, si el hombre posee consciencia es porque su entidad ha descendido al plano físico. La entidad del animal se encuentra en el plano astral; la de las plantas en el plano mental, por esto están extremadamente limitadas en sus manifestaciones. En cuanto a la entidad de las piedras, se encuentra muy lejos, en el plano causal, y por esta razón parece que estén muertas; pero, aunque su vida sea muy reducida, en realidad están vivas. Tomad una piedra en vuestra mano y decidle palabras armoniosas; estas

- palabras se grabarán. Hablad también a las
o semillas, a las flores y a los árboles antes de introducirlos en la tierra: crecerán mejor.

- Ved que siempre hay algo útil que hacer en la vida. ¡La naturaleza es tan inmensa, tan rica! Evidentemente, para que vuestra palabra sea eficaz y dé resultados benéficos, hay que respetar
o algunas reglas. Si habéis aprendido a dominaros, a manteneros en estado armónico, puro y luminoso, podréis desprender fuerzas, poderes que actuarán en la naturaleza; en caso contrario es inútil pronunciar palabras, porque no conseguiréis nada, salvo grabar tonterías. Grabar es una cosa — ya que todo se graba —, pero conseguir gracias a estas grabaciones influir favorablemente en la naturaleza o en la conciencia de los seres, otra muy diferente.

Las palabras son poderosas, pero hay que aprender a utilizarlas para transformar todo a vuestro alrededor y transformaros también vosotros mismos. Cuando os sintáis solos, abandonados, cuando tengáis la impresión de que nadie os quiere, pronunciad la palabra «amor» una vez, dos veces, diez veces, y de diferentes formas: de esta manera, desencadenaréis los poderes cósmicos del amor, y ya no os sentiréis solos, abandonados... Cuando os sintáis en la oscuridad como si hubieseis caído en el fondo de un abismo, pronunciad las palabras «sabiduría», «luz», hasta

que vibren y canten en todas las células de vuestro cuerpo. En ese momento todo se iluminará... También podéis pronunciar las palabras « belleza », « verdad », « fuerza »...

Hay que hacer estos ejercicios cada día para comprender lo que san Juan quería decir con las palabras: « En el principio era el Verbo ».*

* Ver « El Verbo viviente », capítulo XI del tomo 32 de las Obras Completas.